

Bibliotecas 'en abismo': Mutis y Maqroll en el espejo (o de cómo sobrevivir a la postmodernidad flotando sobre libros)

GABRIELE BIZZARRI
Università degli Studi di Padova

Resumen

Este artículo se propone estudiar en paralelo la biblioteca de Álvaro Mutis –su privado canon de lecturas selectas– y la biblioteca ficcional mediante la cual el escritor colombiano decide completar la fisionomía de su héroe de aventuras Maqroll el Gaviero. Los vertiginosos torbellinos barrocos que cabrá asociar con un recurso que tiende a contaminar la escritura con la sospecha de lo vicario y la amenaza de la falta de autonomía nos servirán para vislumbrar algunos aspectos clave de la poética de Mutis, muy especialmente, el peso decisivo de la tradición y la incumbencia castradora de las fuentes.

Abstract

My intention with this article is to study, in parallel, Álvaro Mutis real library –his private canon of selected readings– and the fictional one by which the Colombian author decides to complete the physiognomy of his adventure hero, Maqroll el Gaviero. The dizzying Baroque whirlwinds that can be associated with a resource that tends to contaminate the writing with a suspicion of vicariousness and the threat of the lack of autonomy will serve to highlight some key aspects of Mutis' poetics, especially the decisive weight of tradition and the emasculating lingering of the sources.



En 1997, con ya siete novelas divulgadas al amparo del exitoso rótulo de Maqroll el Gaviero, Álvaro Mutis publica *Contextos para Maqroll*, una curiosa colección de notas de lectura, conferencias, impresiones etc., que eluden el protagonismo absoluto del célebre viajero de las *Empresas y tribulaciones* sin dejar, aun así, de orbitar alrededor suyo (como el título indica).

Maqroll está pensado como un palimpsesto de citas y referencias, un fenómeno descubiertamente textual, tanto que el 'contexto' perfecto para enmarcarlo y dar oportuna cuenta de él parece coincidir con esa especial costilla de lo real representada por las lecturas de quien lo ha creado.

De hecho, la imagen del evasivo viajero pide a gritos ser proyectada en el telón de fondo de la biblioteca ideal de su autor, pues su nacimiento no deja de representar el maduro fruto imaginario del diálogo establecido por él con los textos amados, re-leídos y re-imaginados que forman parte de su canon privado¹. Confirma esta hipótesis el hecho de que, en el ciclo de aventuras que protagoniza, la relación con lo *ya dicho* –con la palabra anteriormente textualizada– está tematizada como el motor principal de la acción: en otras palabras, es el propio

¹ Es interesante notar que el cajón de sastre representado por este tomito reproduce, entre muchos otros materiales encontrados, también el fundamental apéndice de la novela *Amirbar* –“Las lecturas del Gaviero”– del que hablaremos detenidamente más adelante.

Gaviero quien percibe sus 'empresas' como réplicas –de hecho, imperfectas– de un *modus vivendi* que ya ha dado su literatura². Según el proyecto del escritor colombiano, los viajes de su héroe nacen de –y aspiran a regresar a– un catálogo libresco en el que la tradición ha fijado los rasgos inviolables y sagrados de un modelo que se ha vuelto borroso e intermitente en el presente.

En las siguientes páginas me ocuparé de analizar un ejemplo tópico –y extremo– de la tendencia generalizada a señalar el origen *textual* de personajes, espacios y situaciones que caracteriza la saga: la creación de una verdadera biblioteca destinada al recreo y a la formación del héroe. O sea: el protagonista mutisiano no sólo trae inspiración de la literatura, sino más propiamente se ceba de ella, cultivando en primera persona la relación con el modelo y practicando una educación de autodidacta de la que el horizonte textual no se cansa de dejar testimonio, hasta llegar a la paradoja máxima de redactar una bibliografía somera puesta al alcance de todo escrupuloso lector que quiera darse el lujo de 'stalkear' a su ídolo rastreando sus lecturas favoritas. Me refiero al apéndice de la novela *Amirbar*, cuyo título emblemático –“Las lecturas del Gaviero”– ha, de hecho, inspirado este artículo.

Por un lado, me dedicaré a estudiar las consecuencias literarias de este recurso (en más de un sentido) escandaloso³ –las recaídas sobre el sentido general de la obra de la apertura de una brecha de comunicación con el pasado (y con lo declaradamente ficticio) dentro del ambiente heroico que, consecuentemente, aparece desgarrado por un agujero negro de fuerzas centrífugas–; por el otro, trataré de dibujar esa zona franca de interferencias y contactos que enlaza las lecturas fingidas de Maqroll con la biblioteca real de Álvaro Mutis, con el sistema de elecciones, devociones y rechazos que le acompañan en su relación con la cultura, a la búsqueda de un ponderado canon de fuentes posibles que, como veremos, enmarca la saga dentro de un irrefrenable deseo normativo.

La biblioteca de Maqroll en su estatuto de fundación imaginaria y como mapa ideal del programa de 'restauración' promovido con fuerza por su autor.

1. EN LA BIBLIOTECA DE MAQROLL: CUNA Y SEPULTURA DE LA VOCACIÓN ÉPICA

Antes de empezar, es preciso aclarar que la biblioteca de Maqroll es un lugar dos veces imaginario, mucho más, por ejemplo, del cuarto mágico de Melquíades que, por lo menos, puede contar con un soporte físico (en el texto). Al revés, de forma perfectamente coherente con el trazado de una vida de andanzas, no existe ninguna morada concreta que reúna los libros del Gaviero, diferentemente de lo que ocurre, por ejemplo, con la célebre biblioteca de Don Quijote. Maqroll es un viajero y en ningún momento llega a ser un ratón de biblioteca, así que los libros que me dispongo a enumerar son apenas unos fugaces compañeros de viaje, englobados por el esquema itinerante, orgullosamente descontextualizados con respecto a todo hipotético espacio de erudición. Y aun así el impulso catalogador resulta autorizado por algunos característicos deslices y titubeos del relato:

Regresé a mi buhardilla, puse en orden los tres o cuatro libros que siempre viajan conmigo y guardé la bolsa con la ropa en el gran armario que se quejaba como un animal cansado. (Mutis, 1998: 324)

Como revela esta cita, el libro es uno de los objetos-fetiché del Gaviero: colocar, sobre la repisa de un armario vetusto y chirriante, el escueto número de volúmenes que posee, repre-

² Me refiero al código de la épica de viaje y aventuras, según estudia Bizzarri en su libro de 2006.

³ Si la literatura universal nos ofrece ejemplos numerosísimos de personajes-lectores, la ruptura mutisiana me parece notable por declinarse en el telón de fondo del patrón épico, entre cuyas características destaca el dogma de la realización exclusiva del héroe en el plano de la acción.

senta el primer impulso –y el mayor gusto– del *marinero en tierra*, casi un ritual privado mediante el cual Maqroll domestica –coloniza– los múltiples y encontrados espacios ajenos que está ‘obligado’ a recorrer. En una entrevista con García Aguilar, Mutis subraya la urgencia, la importancia *narrativa*, de atribuirle a Maqroll un horizonte cultural autónomo:

desde el principio de la aparición de Maqroll, en mis primeros poemas, es un hombre de una formación cultural si no sólida, muy rica por lo menos. Sus referencias [...] literarias son muy ricas. Ha sido un lector toda la vida y eso me interesa mucho, porque le da referencias, antecedentes de su vida y de la historia del hombre [...]. Así esta especie de telón de fondo lo tiene el Gaviero siempre presente y me gusta mucho que lo tenga. (García Aguilar, 1988: 342)

En primer lugar, sus lecturas le confieren al Gaviero unos “antecedentes”, le visten del encanto y la ilusión de la vivencia real, y se convierten, entonces, en herramientas necesarias para que dé el salto de voz lírica heterónima a personaje narrativo independiente⁴. Al lado de esto, crean alrededor suyo una red de conexiones –ideológicas, éticas, estéticas– que ayudan a contextualizarle en un momento determinado de la “historia del hombre”, vinculando su nacimiento con la presión y la urgencia de ciertas determinadas fuentes autorales⁵. Es en esta segunda acepción que la praxis del héroe lector se convierte, sobre la marcha, en algo marcadamente problemático.

La invitación a hojear los libros de Maqroll representa un evidente ‘fracaso’ del intento de refundación del *epos* que cabe referir a las novelas de Mutis, pues representa una clara fuga hacia ese museo de la tradición –del que la biblioteca representa una extensión ideal– que habrá que asociar con una drástica reducción del espacio disputado a los ‘juegos’ itinerantes del personaje. Emerge, en otras palabras, el riesgo del archivo, el destino museográfico, de una materia narrativa que, en cambio, se aspiraría a resucitar en cuerpo y alma, para surcar libremente los rumbos de la contemporaneidad.

De los tramp steamers en los que navegaron y de los que derivó la familia de Bashur su mediocre fortuna, sólo quedan en el mar dieciséis, convertidos en objetos de museo. Se enseñan en los libros como si se trataran de exóticos supervivientes de un remoto pasado. (Mutis, 1998: 219)

Bastaría con esta lamentación –o *planctus* náutico– que Maqroll dedica al otro gran objeto-fetiché de la saga para que constara el verdadero horror que le merece a Mutis la mortal rigidez de la institución cultural.

Los cuartos de la biblioteca que estamos a punto de recorrer revelarán –y pondrán fatalmente en evidencia– la lamentable descontextualización del oficio de Maqroll, su más absoluta marginalidad con respecto a los circuitos vitales del ser contemporáneo: al finalizar nuestra tarea de bibliotecarios aplicados, el último texto que nos tocará archivar será, en efecto, justamente la biografía de este frecuentador reacio. Pero según los anaqueles se irán empolvando, hundiéndose en el olvido, tal y como le corresponde a toda encarnación de lo obsoleto, la veneración hacia el libro, como último testimonio de un pasado definitivamente

⁴ Como intuye Michèle Lefort en el libro de referencia para estudiar la relación Mutis/Maqroll (2001), el gran salto que da Maqroll desde la *Summa* a las *Empresas*, su metamorfosis narrativa, se consigue también a golpes de metatextualidad.

⁵ Con respecto a esto, es interesante notar que, en la misma entrevista, ante la posibilidad de que esos ‘contextos’ creados para Maqroll sean leídos como meros reflejos autobiográficos, como demuestra estar haciendo García Aguilar aludiendo a esa “milenaria cultura occidental” que el escritor colombiano maneja con tanta devoción, Mutis se demuestra reticente como si nos encontráramos ante un verdadero tabú: “Desde luego que éste ya no es Maqroll sino yo...” (1988: 343).

perdido, irá iluminándole de valores compensatorios, señalando la urgencia de colocar en el lugar que le corresponde al último eslabón de una noble estirpe.

En otras palabras, el *topos* de la biblioteca representa una ideal puesta en abismo de la relación determinante y contradictoria entablada por el autor con una tradición que –además de perfilarse como la verdadera brújula de su navegación literaria– no deja de ser la más terrible de las *bêtes noires* de su alias narrativo.

“Apéndice: las lecturas del Gaviero” es el lugar textual donde Mutis más le guiña el ojo al lector, acercándose a la creación de un perfecto simulacro imaginario de los pruritos culturales que definen a su personaje:

No se trata, en este caso, de presentar al Gaviero como alguien que haya dedicado una especial atención al mundo de las letras. Nada más ajeno a su carácter y nada que le pareciera más distante y sin objeto que una inclinación parecida. El Gaviero era, eso sí, un lector empedernido. Un incansable devorador de libros durante toda su vida. Este era su único pasatiempo y no se entregaba a él por razones literarias sino por necesidad de entretener de algún modo el incansable ritmo de sus desplazamientos y la variada suerte de sus navegaciones. No es fácil, por ende, el seguir la pista de cuáles eran sus libros preferidos, aquellos que le acompañaban dondequiera. Sin embargo, creo que podría mencionar algunos. (Mutis, 1998: 181)

En las palabras del notorio cronista-biógrafo que suele encargarse de relatar las tribulaciones de su amigo itinerante se nota cierta deferencia, cierto recelo, a primera vista, injustificados. El Gaviero no es un hombre de letras –nada más ajeno a su carácter, ¡por Dios!–, sino más bien un ‘aficionado’ de la literatura, un viajero culto y curioso. Aquí, Mutis da la sensación de saber que está infringiendo un tabú al crear un hombre de acción fascinado por las letras y, justo antes de ‘sacarle las tripas’, de revelar al lector sus más vergonzosas y excéntricas debilidades, intenta salvaguardar el pragmatismo de su héroe, como brindándole una coartada. Claro está: en una intriga merecedora de ese nombre, el espacio de la acción –por muy insatisfactorio que sea– debe coincidir con la realidad de la experiencia y nunca desplazarse tanto como para solaparse totalmente con ese espacio imaginario de segundo nivel que es donde sueñan y desean posibilidades intactas los personajes novelescos. En el caso del Gaviero esta aclaración no es nada superflua y, más bien, descubre un nervio de la versión contemporánea de la aventura que Mutis sabe explotar magistralmente.

De momento, es necesario ponderar el dato de su intento de justificar la personalidad lectora del Gaviero desviándola hacia lo funcional, tratando de asimilar completamente su excentricidad dentro del esquema de representación escogido, transformando la lectura en uno de los ‘útiles’ del viaje. Y, sin embargo, obviamente, no estamos hablando de un “pasatiempo” cualquiera.

El primer título del catálogo remite al género de la crónica histórica:

El que creo haberle visto siempre y que llevaba en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón de marino, era *Mémoires du Cardinal de Retz*. Por cierto que se trataba de la bella versión hecha en Amsterdam por J. F. Bernard y H. de Sauzet en cuatro volúmenes. Uno de ellos iba siempre con Maqroll y los demás reposaban en su eterna bolsa de viajero. (Mutis, 1998: 181)

Rasgo inesperado en la colección de un lector casual, la copia que Maqroll posee de las memorias del cardenal es una pieza de museo, una “joya bibliográfica” que el marinero, con cierta superficialidad, lleva metida “en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón”, como si fuera una manual de consulta o un mapa náutico. La ambición de una biblioteca portátil, que se pueda aprovechar en el día a día, es el primer aspecto por destacar, pero contrasta con el preciosismo de la selección que, en cambio, remite a cierto inesperado esnobismo cultural.

Reconstruyendo una reunión alcohólica con su personaje en una cantina de mala muerte de la ciudad de Báltimor, de hecho, el narrador cuenta que “para reforzar no sé qué argumento [...], el Gaviero sacó esa noche el tomo que llevaba de las *Mémoires* de Retz” (Mutis, 1998: 182). Confundido ante la nota falsa, maravillado por el contraste mayúsculo entre el objeto y la circunstancia, quien representa al autor reacciona conforme con su posición de hombre de letras:

No pude menos de preguntarle cómo había llegado a sus manos semejante joya bibliográfica y si no era arriesgado andar con ella por el mundo así, sin mayores precauciones.

[...]

Los únicos libros que uno pierde son los que no le interesan. Este del Cardenal estará siempre conmigo. Es el libro más inteligente que se ha escrito jamás. (Mutis, 1998: 182)

Aún a sabiendas del valor del libro –que ha conseguido arrancarle, como una prenda de amor, a una de sus benefactoras más adineradas–, Maqroll no se rinde a tributarle los rituales cuidados museográficos a un objeto de culto que considera interconectado por lazos tan estrechos con la materia confusa y sangrienta que caracteriza la existencia humana. Paradójicamente, en este sentido, una taberna portuaria es lugar de recepción más propio que los cuartos asépticos de cualquier biblioteca.

Traer de vuelta la cultura al mundo, acompañando al hombre en su laborioso peregrinaje: parecería ser éste el programa del escandaloso héroe letrado, que se demuestra dispuesto a sacar las ‘reliquias’ de sus santuarios, arrastrándolas por el caos insensato de un presente cada vez menos sensible a sus llamados. Por otro lado, el carácter raro y rebuscado de los libros elegidos –que, como decíamos, crea una discrasia con respecto a la impostación ‘democrática’ del proyecto– no sólo depende del soporte editorial sino mucho más de su contenido que, como en este caso –el de una obscura investigación histórica de finales del siglo XVII– no podría alejarse más del gusto común. En este sentido, Maqroll le da la espalda al presente y, recuperando un incunable olvidado, se dirige directa y exclusivamente a ese bibliófilo empedernido que es Álvaro Mutis⁶.

El libro del cardenal de Retz le sirve a Maqroll de *auctoritas* para fundamentar un argumento, pero se intuye que su relación con él no es mera cuestión retórica:

¡Qué lección la del señor de Gondi, arzobispo de París hundido hasta el cogote en las delirantes conspiraciones de la Fronda que estuvieron a punto de dar al traste con Francia y con la augusta herencia de los Capeti! (Mutis, 1998: 182)

La historia –que, como veremos, es el ámbito que imanta de manera casi exclusiva los intereses del Maqroll lector– ofrece la posibilidad de espiar los comportamientos de los ‘grandes’ enfrentándose con grandes contingencias, modelos de alcurnia disponibles como verdaderos *recursos*, posibilidades de entendimiento y acción al alcance de la posteridad que, desde esas cumbres ejemplares, podría llegar a mirar de frente y finalmente reconocer el insensato magma del presente, según un clasicismo del comportamiento del que el Gaviero se profesa todo un incondicional. La palabra de la tradición, de hecho, tiene un rol destacado en el desarrollo de la empresa contemporánea que se expresa con el viaje del héroe. El pasado se usa en función del presente, así como la biblioteca tiene que servir ‘para la vida’. Esto hasta que no se vuelva lancinante la sensación de la distancia y Maqroll no empiece a registrar hasta

⁶ Acerca de las estafalarias lecturas del Gaviero, véase Cobo Borda: “Mientras más raro, mejor. Mientras más lejos, más revelador” (1998: 121). ¿Fundamental recurso óptico, lente necesaria para enfocar el presente desde lo alto y entenderlo mejor o inhibidora ceguera regresiva?

qué punto el mundo actual se haya *achicado*, haya dejado de ofrecer circunstancias a la altura, que pongan realmente a prueba la eficacia del modelo estudiado en los libros. Es allí donde la consulta bibliográfica se vuelve fuga hacia otros escenarios posibles, reclusión culpable y desvarío inhibitorio.

La admiración por el libro de Gabory nos da la posibilidad de profundizar en los mecanismos de la recepción maqrolliana. En una carta que el Gaviero envía a su aficionado cronista desde las páginas de *Amirbar*, la investigación “sobre las guerras de la Vendée” abre a una digresión erudita en la que el personaje reflexiona acerca de la debilidad política de Carlos X, a quien considera el principal responsable del “oprobioso ascenso” al trono de Francia “del usurpador y perjuro” gremio de los Orléans contra los derechos ancestrales de la “rama legítima” (Mutis, 1998: 175). El error fatal de un protagonista de la historia que lleva a la deflagración de la barbarie absorbe por completo a Maqroll:

Relectura gratificante como pocas por el rigor, la minucia y el ponderado criterio histórico que aplica el autor al estudio de uno de los episodios más complejos, accidentados y recorridos por extrañas corrientes de origen incierto, de una época tan rica en tal clase de manifestaciones. (Mutis, 1998: 174)

Por otro lado, no se siente con fuerzas –o en derecho– de dedicarse completamente, en primera persona, a su obsesión:

Me gustaría alguna vez hacer un recorrido retrospectivo para verificar si esta [...] conducta política se encuentra también en las anteriores ramas de los Capeto: los Valois, los Valois-Angulema y los primeros Capeto. Como sé que a usted también le distraen esos pequeños grandes enigmas de la historia, le dejo esa inquietud con la esperanza de que un día me comunique los resultados de su pesquisa. (Mutis, 1998: 175)

La “pesquisa” que el personaje le confía a su autor –rastrear ejemplos de debilidad en las anteriores ramas de los Capeto– alude a otra comparación posible, mucho más urgente y necesaria quizás, pero que se vislumbra también como infinitamente menos grata y provechosa, hasta corriendo el riesgo de paralizar al intérprete y anonadarlo con la *visión del ahogado*: me refiero, obviamente, a la que podría activarse con la decadencia contemporánea. En efecto, una precisa constante organiza en un único simbólico macro-texto los tratados historiográficos de los que Maqroll se demuestra devoto: todos ellos se refieren a una *crisis*, intentan iluminar un momento ‘cataclísmico’ que anuncia una larga temporada oscurantista. Las encrucijadas históricas que interesan al Gaviero atestiguan una demora lánguida en los *elementos del desastre*, siempre tienen que ver con la disgregación de un régimen de milenaria estabilidad que de repente estalla por el advenimiento de “extrañas corrientes de origen incierto”. No es casual que el libro de Gabory acompañe al Gaviero por los socavones de la mina de *Amirbar*, “al borde del precipicio”, durante un episodio que coincide con el oscuro nadir de su entero recorrido narrativo. De la decadencia de un ideal Imperio de legitimidad y sabiduría el Gaviero participa –o pretende participar– en primera persona⁷, por estar viviendo en el momento histórico exacto –según la lectura que Álvaro Mutis da del presente– en el que toda una tradición de rigor ético y formal –la que alimentaba una casta de ‘héroes’– se está disolviendo en las mil tramas insensatas de una modernidad sin centro:

Confío en que no le extrañe esta digresión en medio del relato de mi viaje a la costa peruana, ya que ha transcrito otras mías de índole parecida. Desde los tiempos, hoy remotos, en que comenzó a interesarse por mis andanzas, sabe que el presente no

⁷ Según Michèle Lefort, con sus lecturas, el Gaviero buscaría identificarse con “la grandeur des vaincus” (2001: 161).

puede proporcionarme sino descalabros absurdos o continuos desplazamientos movidos por las razones menos razonables. Qué puede tener de raro, entonces, que me distraiga hurgando en el pasado parecidos destinos e infortunios semejantes. (Mutis, 1998: 175)

Por un lado, el hecho mismo de tener que justificar “esta digresión” delata, en Maqroll, la percepción de un peligroso desdoblamiento de la personalidad; por el otro, en este pasaje se explicita la práctica de las *simetrías universales*, del diálogo intertextual entre épocas asumido como criterio general de análisis interior y lectura del mundo. Asistimos, en efecto, a una devaluación de la empresa itinerante realizada en el presente (“descalabros absurdos o continuos desplazamientos movidos por las razones menos razonables”), pero el viaje ‘vertical’ que se lleva a cabo por entre las épocas y los estilos mediante el gesto de la lectura compensa las faltas del concreto y actual. Por otro lado, la actividad extracurricular del héroe se demuestra tan grata que, a ratos, el intérprete se pierde en el ejemplo, buscando espasmódicamente en los textos un imposible rol contextual.

Valga aquí el recuerdo de una anécdota que me reveló el pintor Alejandro Obregón y que está relacionada con esa lectura del Gaviero. [...] Cuando el encargado de turno en el puesto de policía llenaba la declaración de Maqroll y le preguntó cuál era su oficio, este repuso altanero en su premioso inglés con acento levantino: “Yo soy un *chuan* extraviado en el siglo XX”. No dijo más y el exabrupto le costó veinticuatro horas de cárcel. (Mutis, 1998: 183)

En un arranque imposiblemente nostálgico y reaccionario –ante las atónitas autoridades de Vancouver acudidas para sedar una riña de borrachos– Maqroll se declara heredero legítimo de la guardia contrarrevolucionaria creada por el último de los Borbones Carlos X: enfrentado con el deber jurídico de la *accountability*, obligado a definir su “oficio”, a darle un nombre a su siempre incierto estatuto, el Gaviero pone en segundo plano su vocación marinera –no hay que olvidarlo: la que le atribuye una función narrativa, así como a las novelas mutisianas un patrón genérico de referencia– y escoge para sí el rol de último representante de una casta de guerreros extintos. Aun tratándose de una provocación, no deja de ser significativo que el Gaviero se defina un “extraviado en el siglo XX”, tematizando así una relación irresuelta con el tiempo que le condena a una existencia dos veces virtual, mediatizada a la vez por un filtro cronológico (según el eje presente/pasado) y uno ontológico (realidad del mundo/ficción de los libros).

¿Dónde habría que trazar entonces la línea de frontera entre el ejemplo inspirador y la obsesión castradora?

El Príncipe de Ligne –cuyo epistolario el Gaviero lee en una “bella edición hecha en Bruselas en 1865”– se merece el título del “más cumplido ejemplo de gran señor que haya dado Europa”:

Su entierro en Viena, el 13 de septiembre de 1814, en pleno Congreso, fue seguido por emperadores, reyes, ministros y grandes nombres de la nobleza europea. Acompañaban a su última morada el perfecto honnête-homme del Antiguo Régimen, una de las pocas épocas en las que hubiera merecido la pena vivir. (Mutis, 1998: 183-184)

Los últimos representantes del mundo de los derechos absolutos y las certidumbres respaldadas en un origen divino se dan cita para asistir estupefactos a la instauración del caos, la irrupción de fuerzas vulgares y encontradas que en la visión póstuma de nuestro personaje coincide con el proceso revolucionario. Las idealizaciones pasadistas de Maqroll (y de Mutis) siempre se fundamentan en el desmoronamiento del cuadro adorado, *resentido* mediante la

invención de un ingenuo vínculo afectivo con ciertas *figuras extremas*, a la vez actores, observadores y cronistas de esos fatídicos umbrales, quienes recibieron la gracia de una implicación carnal con la Historia. En la ambigüedad que los define (hombres de letra/hombres de acción), esas *auctoritates* –dejando huella de su pasaje por la tierra mediante cartas, autobiografías y otros géneros de la textualidad fronteriza– se convierten en casos emblemáticos de la visión *sitiada*. Es con esa peculiar casta de escritores –del todo desprovistos de la distancia crítica y cronológica del historiador profesional– que Maqroll anda buscando una ilusoria identificación, modelándose a sí mismo como *cronista activo* de un orden que está emitiendo sus últimos fulgores antes de desaparecer completamente.

Y sin embargo serpea por la saga la sensación de un fatal descalabro, o mejor, de una sobre-interpretación patética, pues en el espacio que Maqroll, épicamente, interpreta al recorrerlo, ya no parpadean, intermitentes, las señales de ningún majestuoso imperio en disolución, ni siquiera quedan ruinas monumentales en las que detenerse. Nada que comentar, excepto la ‘calma chicha’ de un tiempo sin historia(s). Es allí donde el deseo triangular de Maqroll (Girard, 1961) empieza a vacilar junto con el principio de la *imitatio* humanista en el que declara inspirarse. Es allí cuando renuncia a su rol y empieza a actuar apenas como *un autre* –póstumo de sí mismo– en el período hipotético de la imposibilidad regresiva. Declaraciones parecidas a la que cierra la cita anterior (donde el *Ancien Régime* se convierte en guarida ideal para el deseo de emulación frustrado⁸) se reiteran a lo largo de la saga, tomando la forma de otros intercambiables paraísos de la vocación épica insatisfecha (el esplendor dorado del Bizancio de los Paleólogos, el reinado de los zares, la gran España católica de Felipe II...): el ejemplo del pasado aplana la contemporaneidad en los tonos deslavados, en las cenizas grisáceas, de una tragedia ya del todo apagada. La certidumbre de no encontrarse “hundido hasta el cogote” en ninguna de esas contingencias fatídicas –metas historiográficas hacia donde Mutis proyecta la reflexión poética, que es central en su obra, sobre el desmoronamiento del orden y la nobleza⁹– acaba por asociar la frecuentación maqrolliana de la biblioteca con una función meramente recreativa, decorativa, erudita y sectorial, una que aleja cada vez más al héroe viajero de su especificidad de personaje y lo confunde cada vez más abiertamente con la personalidad de lector empedernido que le corresponde a su autor, de cuyas nostalgias imperiales indudablemente proviene la visión del pasado que acabamos de describir.

En otro pasaje de *Amirbar*, la voz narradora revela que conoció a Maqroll “durante uno de mis viajes de rutina por las Antillas en un buque cisterna de la Esso, cuando trabajaba para esa compañía”:

Maqroll era jefe de bombas y nuestra relación nació cuando lo vi abstraído durante uno de sus ratos libres, en un erudito tratado sobre la Guerra de sucesión de España. Entramos de lleno en materia, por ser ése un tema que también a mí me interesa, y coincidimos en el indudable derecho que cabía a Luis XIV de reclamar para su nieto el trono que dejaban vacío los Austrias. (Mutis, 1998: 91)

En el ‘pasatiempo’ del Gaviero reside la chispa de esa atracción mutua a cuyo alrededor se construye la saga: el estado de *abstracción* atribuible a la inmersión de Maqroll en la lectura

⁸ El concepto mutisiano de ‘antiguo régimen’ excede, sin duda, el vínculo con una etapa precisa de la evolución sociopolítica de occidente y se aplica indiscriminadamente a la generalización embobada de un pasado impreciso gobernado por la elegancia, el buen gusto y el *espíritu*, definitivamente desbaratado por las instancias ‘democráticas’ y racionalistas del siglo filosófico: a partir de allí “estamos perdidos. Hemos perdido la fe en lo mítico, en el lado oscuro que todos tenemos y de donde salen las verdaderas soluciones” (Mutis, 2001: 59).

⁹ Acerca de esos ‘otros mundos posibles’, quitándole hierro al peliagudo asunto de su reaccionarismo político, así se expresa Mutis con Cobo Borda (1988: 252): “fíjate que estamos hablando todo el tiempo de pueblos en peligro de extinción, de imperios a punto de derrumbarse. Yo los vivo como poeta, y los juzgo como poeta. Lo que histórica, social y políticamente representaron es muy secundario”.

achica las distancias entre el poeta obsesionado por la historia monárquica y el marino aventurero. De paso, el espíritu *épico* se va aguando, al asomarse en las fisuras de la máscara del héroe viajero la silueta de Álvaro Mutis, cuya política cultural, desde los artículos de opinión (de los que nos ocuparemos en el siguiente apartado), desborda en la ficción. Es Maqroll el que da el primer paso –hacia la biblioteca, obviamente– saliéndose del que debería ser su retrato: volviéndose quizás menos *personaje* (*personaje lector*, *meta-personaje*), mediante estos verdaderos escarceos narratológicos, el Gaviero da a Mutis la posibilidad de construir su propio personaje, de ir armando esa recreación enmascarada de su personalidad biográfica que lleva las riendas de la narración en todo el ciclo.

La relación de Maqroll con sus “libros preferidos que hablaban de vidas ilustres y guerras olvidadas” (Mutis, 1998: 389) también levanta una infranqueable barrera de separación con el mundo (narrativo) que le rodea:



Me había quedado solo y pasaba horas inmerso en las complicadas y apasionantes banderías de los realistas bretones y en sus feroces encuentros contra los azules. La densa materia histórica del exhaustivo libro de Gabory me mantenía a dos siglos de distancia del escándalo de vasos, voces, imprecaciones y risas que reinaba en el café. (Mutis, 1998: 122)

[...]

–Qué tanto lee usted, carajo. Se va a volver ciego. Yo creo que los libros no sirven sino para confundirlo a uno. [...] Si todo eso pasó ya y todo el mundo está enterrado, de qué sirve hurgar en esa huesamenta. Ocupese de los vivos más bien, a ver si logra algo. (Mutis, 1998: 100-101)

Las *historias* de Maqroll son letra muerta y los demás personajes le reprochan sus descuidos al indiscutible catalizador del mundo en el que habitan, invitándole a una presencia más atenta y comprometida con el que debería ser su espacio y su tiempo. La respuesta que el Gaviero da a Dora Estela –uno de los contados casos de defensa directa del extrañamiento ambiental provocado por la lectura– corresponde a una toma de posición decisiva:

Le indiqué que los vivos suelen estar a menudo más muertos que los personajes de los libros y que estaba tan convencido de esto que ya ni siquiera podía escuchar con atención a mis semejantes porque me daba miedo despertarlos. (Mutis, 1998: 101)

Desde la sospecha inicial con la que abrimos, que veía en la biblioteca una reclusión culpable, una figura del fracaso de la empresa (de vivir la realidad contemporánea según los parámetros exigentes del modelo heroico) debido al descubrimiento (o a la invención) del pasado que allí se produce, hemos pasado a reconocerle el estatuto de lugar simbólico de la realización plena e intacta, aunque meramente virtual, de la personalidad del Gaviero, sin que esto disminuya la sensación de un placer abusivo que, de alguna forma, contrasta con las leyes prevista para ese específico universo narrativo¹⁰.

La *vida* dentro del código, en cierto sentido, resulta obstaculizada por los libros. Esto es lo que sugieren también algunos pasajes del cuento “Jamil”, que es donde aparece la única biblioteca real de toda la saga y donde nuestro narrador-testigo tiene la oportunidad de conversar con otro intelectual acerca de los intereses libresco de su personaje. Mossèn Ferran –el cura del puerto mallorquín en el que Maqroll está pasando por una fase de estancamiento de su impulso itinerante que amenaza con arrastrarse indefinidamente– es el orgulloso dueño de

¹⁰ En *Un bel morir...*, la lectura de la *Vida de San Francisco de Asís* produce un malentendido interesante: la guía indígena que está acompañando a Maqroll por los caminos del páramo cree que el Gaviero esté rezando. En efecto, se puede realmente considerar el libro como un vehículo de comunicación *trascendental*, que no va dirigido a lo divino, sino al pasado y, en general, al extra-texto.

la “colección más completa que existía en manos de un particular” “sobre historia del reino de Mallorca” (Mutis, 1998: 386-387). Tan comprensivo y solidario se demuestra este clérigo erudito¹¹ para con las *divagaciones* del Gaviero que hasta llega a reprocharle a su autor –de quien ha leído algunos relatos y poemas dedicados al amigo común– el hecho de haber descuidado el cariz más intelectual de su personalidad, malogrando así su retrato:

el párroco de San Jaume pasó a mencionar mis relatos [...]. Me indicó que, a su juicio, me falta aún mucho que descubrir del carácter de nuestro común amigo y me reprochó, no sin prudencia, el haber pasado muy de prisa por los episodios de la historia que el gaviero, según el párroco, conoce mejor de lo que dejo entender en mis libros. Intenté argumentarle que siempre he tratado, en ese caso, de rehuir el desarrollo de tesis históricas que deformarían el espíritu de mis narraciones y, más aún, de mis poemas. (Mutis, 1998: 386-387)

A pesar de compartir con Maqroll el horizonte del texto, este personaje parece encontrar *narrativamente* oportuna su tendencia a perderse por los laberintos de la Historia. De su parte, el ‘autor’ –rechazando, “no sin prudencia”, el consejo literario del párroco– manifiesta una inhibición que, en cierto sentido, va dibujando, alrededor suyo, un recinto de complicidad prohibido:

Me llamó la atención lo bien que Mossèn Ferran conocía a Maqroll y pensé, no sin cierta envidia, en las animadas e interminables charlas durante las cuales se fue forjando esa amistad sostenida por comunes intereses en cuestiones históricas. (Mutis, 1998: 388)

El juego es curioso: Mutis, quien ha decidido auto-representarse en sus novelas en el rol de un narrador reticente, obsesionado por el complejo de una cultura que contradice la vida activa, sufre por verse excluido de una biblioteca que, en realidad, se modela según sus propios gustos e intereses. Sólo más adelante los tres personajes tendrán finalmente la ocasión de reunirse y disfrutar de ese lugar que –provocando por esto problemas diegéticos muy delicados– representa el templo de la erudición que los asemeja:

Mosèn Ferran me invitó a recorrer los estantes de su biblioteca. En efecto, allí albergaba auténticos tesoros, casi todos dedicados a la historia del reino de Mallorca. Entre los muchos que me sorprendieron estaba la edición en catalán de 1562 de la *Crónica de Ramón Muntaner*; otra, más antigua aún, del *Llibre dels feits sobre el rey Don Jaime I* y, desde luego, no podía faltar allí la obra completa del gran bizantinista francés del siglo pasado Gustave Schluneger que, valga la verdad, fue lo que mayor envidia me despertó de los muchos tesoros acumulados por el clérigo amigo de Maqroll. [...] Le expresé a nuestro anfitrión mi asombro por la riqueza de su biblioteca y el hombre no pudo contener una amplia sonrisa de satisfacción. En mi recorrido por los estantes me había acompañado el Gaviero. Por sus comentarios pude darme cuenta de que buena parte de aquellos libros le era ya familiar y de que su lectura había ocupado las largas horas de ocio que le dejaba su oficio de velador de astilleros abandonados. (Mutis, 1998: 434-435)

Nos encontramos ante una verdadera pausa del *récit*, un *locus amoenus* bibliófilo en el que el narrador y el personaje –gratamente liberados de los roles y compromisos del modelo

¹¹ El personaje, evidentemente, es de la misma cepa que el cura del *Quijote*; sin embargo, sería impensable verle implicado en la hoguera de la *biblioteca de Maqroll*. Además, cabe registrar que el párroco de Pollensa y el Gaviero también tienen en común una tendencia marcada a la deformación interpretativa: la estafalaria tesis del “ilustrado clérigo” que defiende el protagonismo absoluto de la isla de Mallorca en la definición de las alternas fortunas del occidente cristiano es un delirio compensatorio totalmente especular a los ‘sueños interpretativos’ maqrollianos.

narrativo y orientados por el benéfico ejemplo del cura- se dejan llevar por el más puro placer del texto, perdiéndose y confundándose el uno con el otro en la contemplación de ese museo de la memoria que representa la verdadera vocación de ambos.

Y sin embargo no puede ser casual que la única biblioteca ‘real’ del ciclo aparezca justamente en el que será el último episodio de las aventuras de Maqroll. ¿Acaso sus *Empresas y tribulaciones* –al margen de toda contingencia escritural– estaban pensadas de antemano para ir a encallarse en una biblioteca, es decir el lugar fatídico en donde la personalidad del héroe se rezurce de una vez con la persona de su creador? Parece indicarlo la adherencia de Maqroll –nunca tan pronunciada como aquí a lo largo de la saga– con una versión sedentaria de sí mismo, alegrada por sabrosas lecturas y sobremesas eruditas. Los astilleros abandonados que representan la guarida mallorquina del cansado viajero se describen como el espacio más adecuado para colocar de una vez todos aquellos imprescindibles ‘compañeros’ hasta ahora condenados a los rigores de la vida peregrina.

Los astilleros de Pollensa se me antojaron [...] un refugio confortable en donde lo acompañaban sus libros preferidos que hablaban de vidas ilustres y guerras olvidadas. (Mutis, 1998: 389)

Esta sugerente imagen ‘explicitaria’ –la de un astillero-biblioteca¹² en el que se procede a la desmaterialización barroca del torbellino de sombras y textualidades engañosas que ha conferido a la saga de Maqroll su ilusión de consistencia– se mira en el espejo con aquella, genuinamente inaugural, que, en el prólogo a la primera novela del ciclo, lanza al mar del relato el navío maqrolliano: en los umbrales de *La nieve del almirante*, un tal Álvaro Mutis logra milagrosamente encontrar en una librería de viejos del Barrio Gótico de Barcelona un incunable que venía buscando hacía años y, de este modo, literal y literariamente, descubre a Maqroll. Si las huellas del Gaviero se pierden entre las estanterías de la colección de un cura de pueblo, la relación de sus sucesos comienza con la visita de su ‘coleccionista’ a un santuario de reliquias para bibliófilos destinada a llenar una laguna de su biblioteca. Los hilos libresco de su génesis –ojo que guiña, detrás de un velo de tristeza y frustración– no podrían quedar expuestos más claramente.

2. EN LA BIBLIOTECA DE MUTIS: EL CANON REACCIONARIO DE UN AMATEUR

Como lugar imaginario, la biblioteca de Maqroll sirve de catalizador de todas las contradicciones que ponen en entredicho las veleidades épicas del ciclo: el libro del Gaviero es el objeto incoherente mediante el cual el autor pone de relieve el carácter abusivo, las ilusivas pretensiones, del mundo representado, dejándolo al desnudo como mera ‘literatura’. Las dos figuras especulares en las que Mutis decide duplicarse para estrenar su empresa novelesca – Maqroll, el héroe de acción lanzado a la busca de nuevos caminos para la aventura en la contemporaneidad, y su narrador-cronista, intelectual y escritor, que se aventura en la desconsiderada empresa de relatar sus improbables gestas– regresan a ser uno en la máscara borgiana del eterno viajero de “La biblioteca de Babel”, buscando el libro mágico que revele, finalmente, el criterio que rige la catalogación del mundo:

Para localizar el libro A, consultar previamente un libro B que indique el sitio de A;
para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito...
En aventuras como éstas, he prodigado y consumido mis años. (Borges, 1989: 469)

¹² No habrá que olvidar tampoco que en el poema “Hastío de los peces”, en donde, quizás por primera vez, aparece una temprana encarnación del futuro Gaviero. Maqroll no es propiamente un marinero, un intérprete en primera persona del patrón viajero, sino más bien el habitante de un ideal astillero, un “celador de transatlánticos”, un dedicado *reparador* del fetiche.

Se podría motivar con una percepción similar de cansancio y frustración intelectual la aventura que empuja a Mutis a salir de su biblioteca y reinventarse detrás de la máscara de un marinero de ventura 'real' (un tigre, un gaucho, un tanguero arrabalero...), para luego verse obligado a tener que volver a ella, derrotado. Pero si Borges condensa la imagen de su reclusión intelectual en un terrible apólogo metafísico, convirtiendo, como se sabe, la biblioteca, con su inutilidad última, en metáfora esencial del mundo, Mutis parece no llegar nunca a solucionar la disyuntiva que le atormenta, la que opone el reconfortante orden de las letras al insensato desorden de la vida, así que el repliegue de su protagonista hacia el espacio declarado de la especulación descarnada tiene un resabio amargo y se carga de un fuerte matiz censorio.

En la reseña para un libro de entrevistas con la poetisa rusa Anna Ajmatova, Mutis expone a claras letras el resentimiento que le merece la inaceptable separación que viven, hoy en día, el reino de la cultura –necesaria *palestra* del espíritu– y ese desierto baldío de lo humano latente que es el que habita y donde se expresa la civilización contemporánea:

Es por eso que el libro de Lidia Tchokovskaia me parece otro de esos cada vez menos frecuentes pero más necesarios alegatos del hombre a favor de la preeminencia y la salvadora función del espíritu, en un mundo que se precipita en idiota frenesí hacia la oscuridad de un materialismo asfixiante y sin sentido. (Mutis, 2000: 43)

Aquí –y en general en los textos críticos mutisianos¹³–, la biblioteca se convierte en una zona de guerra, en la trinchera ideal desde donde el intelectual manifiesta el peso de lo perdido, la culpable renuncia del mundo actual a un *patrimonio de humanidad* que, en cambio, sigue guardado en los libros. Contrariamente a lo que pasa en Borges –el otro gran bibliotecario de la literatura hispanoamericana del siglo pasado–, Mutis abre una vorágine entre la biblioteca y el mundo, convirtiéndolas en imágenes polarizadas, cuya complicada –quizás, imposible– reconciliación justifica y vertebra, por entero, su literatura.

Todos los títulos citados –incluso los más excéntricos– están escrupulosamente pensados para integrar un programa, apuntan a un proyecto que podríamos definir pedagógico: serán *estos* libros –vs. el concepto genérico del libro– las estrellas polares que le indiquen la vía al desnortado *viajero* contemporáneo. Si en el apólogo borgiano toda diferencia –la que distingue entre la biblioteca y mundo, entre un libro y otro libro– queda nivelada en la *metaphora mundi* de un catálogo ilimitado e idéntico, regido por el azar y una textualidad omnívora que vuelve vano el sentido de la búsqueda, en la biblioteca de Mutis domina el criterio, la elección.

Mediante la creación de su personaje, Mutis se comprometía a llevar el ideal de su biblioteca por los caminos ciegos y sordos del presente. Pero la defensa atrincherada de un canon selecto de pobres lecturas privadas parece convertirse, en un momento dado, en la única opción viable, o por lo menos en la continuación ideal del programa de *corrección* del que la saga ha ido explorando la impracticabilidad. Esto es lo que sugiere, por ejemplo, el homenaje a Valéry Larbaud –entre todas las amistades literarias de Mutis, quizás la más *especular*. En la conferencia *¿Quién es Barnabooth?*, se analiza de la figura heteronímica salida de la pluma del escritor francés y se explicitan los lazos que la vinculan con la personalidad biográfica de su autor. A. O. Barnabooth es un multimillonario peruano, “rico *amateur*” y aficionado de las letras (bajo su nombre, de hecho, se registran “un cuento corto con mucho de fábula moral y un breve número de poemas”):

Las circunstancias de la aparición en el mundo de las letras del personaje, la razón de su existencia, pertenecen tan por entero al mundo particular de las preferencias,

¹³ Acerca de esa tupida red de reseñas, artículos de opinión, prólogos a libros de amigos, notas sueltas etc., Rodríguez Amaya comenta que Mutis ha “ido tejiendo, con el paso de los años, un aparato de referencias que [...] crea [...] una prolongación de sus escritos” (2000: 281).

al marco de la vida de su autor y artífice, que ambas se mezclan y se confunden en muchos puntos, cuando no van paralelas por larguísimos trechos. [...] la identidad existente entre Barnabooth, el rico amateur, y Valéry Larbaud, el amable erudito y hombre de letras por excelencia, [...] sólo deja de existir cuando el personaje cumple con ciertos dictados del destino que le es imposible atender al autor. Y eso es natural si se tiene en cuenta la ilimitada libertad de que gozaba Barnabooth en manos de quien tuvo tan poca en la infancia y casi ninguna en los sombríos años en que la parálisis lo dejara inmóvil y mudo hasta el día de su muerte. (Mutis, 1985: 185)

La triste parábola existencial de Larbaud –quien, durante una buena parte de su vida encarna el modelo del intelectual total (poseedor de una cultura refinada, atento bibliotecario, y, al mismo tiempo, viajero incansable, lanzado a mil por hora por los caminos del mundo)– rompe la compenetración entre autor y personaje y pasa a representar, para Mutis, el ejemplo conmovedor de una reclusión obligada e impotente en la república de las letras, y obviamente, también de la escritura vivida como valor de compensación:

He querido pasar fugaz y sucintamente por esta vida llena de esencias y de riqueza cordial, precisamente para que sea A. O. Barnabooth quien nos diga, a través de esa pudorosa tercera persona que son los personajes, cómo pensaba, cómo vivía o hubiera querido vivir y cuáles fueron las pasiones confesadas y secretas de Valéry Larbaud. (Mutis, 1985: 187)

¿Habría que considerar entonces a Maqroll “esa pudorosa tercera persona” mediante la cual Álvaro Mutis le confiesa a sus lectores “cómo hubiera querido vivir”¹⁴? Pasar por lista, al filo del texto de la conferencia, los indudables puntos de contacto entre el autor interpretante y el interpretado demuestra, de hecho, la interiorización, por parte de Mutis, de un modelo cultural, de una filosofía de la cultura, según la cual vida y literatura proceden en paralelo, completándose mutuamente, compensando las respectivas sombras. Por otro lado, tanto Barnabooth como Maqroll descubren, en sus aventuras, lo ilusorio del proyecto. El millonario peruano acaba sus días renegando de la *libertad condicional* que su *grand tour* europeo le ha concedido, borra sus huellas del relato y se entierra vivo entre los libros de su riquísima biblioteca. Aquí tenemos la última página de su diario¹⁵:

Publicando este libro me desembarazo de él. El día que aparezca será el mismo en que dejaré de ser autor. No reniego de él por entero: él termina y yo comienzo. No me busquéis en él: yo estoy en otra parte, estoy en Campamento, América del Sur. (Mutis, 1985: 199)¹⁶

Se pierde el personaje y vuelve a nacer en el texto la persona biográfica de su autor que, ya fuera de la ficción, admite lo limitado de su reino.

En lo que queda me dedicaré a comentar, entonces, algunos ejemplos del “vicio impune”¹⁷ de Álvaro Mutis, dibujando el perfil de esa biblioteca más amplia de la que la de Maqroll representa un escueto, aunque emblemático, recorte. Si al tener que documentar el

¹⁴ En una entrevista con C. Pacheco, el escritor colombiano declara: “el Gaviero es todo lo que no he sido, también lo que he sido y no he confesado, todo lo que desearía ser, todo lo que debí ser y no fui” (1988: 245).

¹⁵ Cito a Larbaud en la traducción al castellano que de su obra más emblemática hace el propio Álvaro Mutis en ocasión de su conferencia en la Casa de Campo de Madrid.

¹⁶ También Larbaud acabará construyendo la biblioteca ficcional de su personaje y, obviamente, en un rizo abismático inevitable, Mutis no podrá evitar pasar por lista cada una de sus lecturas.

¹⁷ *Ese vicio impune, la lectura* es el título del volumen que reúne la obra crítica de Larbaud donde, en palabras de Mutis, el escritor francés se dedica a “revaluar o descubrir nuevos nombres”, compartiendo con los lectores su biblioteca ideal.

impacto dañino de la realidad contemporánea sobre la campaña heroica del personaje, prevalecían el pudor y el sentimiento de lo abusivo, en las incursiones críticas mutisianas, desde lo no ficcional entonces, emerge con fuerza la imagen de una oposición sin complejos, de una identificación plena del intelectual con su rol de árbitro ético y estético para una humanidad desbandada.

En los textos para la prensa (sobre todo mexicana) recopilados por Santiago Mutis Durán en el volumen *De lecturas y algo del mundo* se registra un aire de profunda nostalgia hacia una época más sensible y permeable a las indicaciones de la biblioteca. De un lado están las *letras* y, del otro, muy distante, el *mundo*. Evaporado el *sueño de los héroes* –que es el de una penetración utópica entre ambos polos, de un *siglo* que se deja orientar por el ejemplo que proviene del alto legado de la tradición–, Mutis se atrinchera en la fortaleza de sus *lecturas* y, desde esa acotada parcela, observa reacio ese *algo* –lo que queda– del mundo que quizás, en un tiempo ya lejano, fue también el suyo:

Me di cuenta con espanto de que los poetas viven cada vez más adentro de una condición marginal y ajena al macabro carnaval de nuestro tiempo y que en éste, como era obvio esperarse, no tienen cabida y más bien resultan testigos incómodos de un proceso de destrucción que tiene mucho de suicidio y no poco de renuncia de una especie a seguir existiendo en el planeta en el que apareció por un extraño azar propiciado por los dioses.

¿Habrá sido siempre así? No lo creo. Antaño los poetas fueron escuchados como voces del destino, como propiciadores de un orden sagrado, como detentores de las más secretas razones que tiene –o tenía– el hombre para negar la nada. (Mutis, 2000: 202)

La impresión de una monumental derrota de los poetas impregna cada una de sus reseñas, pero el escritor no se limita a la contemplación nihilista de su fatal aislamiento, más bien vuelve a construirse a sí mismo en el personaje –que ya conocemos– del incómodo cronista de una laceración inaceptable y promueve activamente *su* biblioteca como ideal puente de continuidad con el pasado. En este sentido, su vicio lector resulta verdaderamente *impune*, insu-miso: más allá del peso simbólico que conlleva esa orgullosa retirada, Mutis se demuestra fiel a una visión militante de la cultura que, en resumidas cuentas, no se aleja demasiado de la utopía de su *marinero andante*.

Las palabras de conmoción pronunciadas en ocasión del suicidio de Mishima alaban el gesto desesperado e intransigente de quien ha decidido dejar de pactar con el desastre. El escritor japonés y sus secuaces son definidos “los últimos servidores de un ideal caballeresco anterior al de los Amadises, Durandartes, Oliveros y Tristanes de la Europa medieval” (Mutis, 2000: 36):

Yo creo que en la muerte de Mishima debemos ver [...] la expresión elocuente y definitiva de su rechazo a un mundo para él por completo inaceptable. (Mutis, 2000: 37)

Para Mutis el suicidio ritual del samurái es un emblemático intento de apelarse a una *norma*; por esta vía, Mishima se transforma en una de las figuras privilegiadas de su privado carnet de afinidades electivas:

no es desde el desencanto de un escepticismo anárquico que Mishima juzga nuestra época. Es desde la compleja, densa y substancial estructura de normas que rigen la conducta cotidiana de un hombre, llenándola para él de sentido y de trascendencia. (Mutis, 2000: 37)

En otras palabras, *antes* hubo un orden –el de los caballeros medievales, de los samuráis, de los *honnête hommes* del Antiguo Régimen...–, un orden “ético y también, muy principalmente, estético” marcando la vida de los hombres. Lo que queda ahora es mera “cosificación”, y “la culpa es de nuestro tiempo y de su desoladora y gris necesidad, cada vez menos humana y más sosa” (Mutis, 2000: 37).

La retórica de la invectiva dirigida al presente se convierte en una constante. Es un deber apremiante para el intelectual devolverle a la humanidad un código de comportamiento extraviado. En el artículo titulado “Recintos de un espíritu”, Mutis describe la biblioteca privada del célebre arquitecto mexicano Luis Barragán. Asombrado por la variedad de los intereses de quien define “un hombre de letras y [...] un hombre con un hondo sentido religioso de la existencia”, empieza su conmemoración diciendo:

No creo que haya manera más fiel y directa de conocer una persona que visitar su biblioteca. Los libros que han acompañado toda una vida son los testigos elocuentes de los más secretos rincones de un alma. No hay retrato igual. (Mutis, 2000: 103)

Para defenderse de la barbarie real que nos rodea, cabe entonces la posibilidad de predicar una *política de la biblioteca*:

Conservar la biblioteca de Luis Barragán es una obligación indeclinable de quienes todavía esperan que el destino de nuestra especie no esté dictado por las computadoras y la vulgaridad de una sociedad de consumo de avidez repugnante. Una voz y una obra coma las de Barragán nos están llamando al orden. (Mutis, 2000: 105)

Si la biblioteca de un hombre nos da acceso a los “recintos” de su “espíritu”¹⁸, más en general, hurgando entre los libros de un catálogo ideal, recorriendo “los senderos por donde se pierde y confunde el pasado”, el hombre moderno encuentra un antídoto, llega a leer un verdadero “Manifiesto contra la muerte del espíritu”, según recita el título de ese panfleto de la reacción alucinada a la modernidad que el poeta llega efectivamente a publicar en 2002.

Hagamos ahora un poco de orden en la biblioteca agrupando por series los consejos de lectura de Mutis. Un primer grupo señala los grandes clásicos de la literatura universal, una galería de maestros que no pueden dejar de aparecer en la moderna *biblioteca del espíritu*: Faulkner (reseñado dos veces), Joyce, Apollinaire, Proust, Galdós, Octavio Paz y muchos otros se someten a una atenta segunda lectura, cuya tesis no puede ser otra sino la de reconfirmar su valor atemporal. A Anatole France, Mutis dedica un “Alegría de releer” que expresa a claras letras el sentido polémico de la vuelta a un selecto cenáculo de autores canónicos:

Hastiado con lo que periódicamente aparece como novedad literaria, perdido todo apetito por lo insulso del estilo y la pobreza de temas que se repiten con monotonía desesperante, me entrego cada vez con mayor frecuencia al útil y recomendable placer de la relectura. (Mutis, 2000: 173)

Severamente crítico hacia las nuevas tendencias y las modas efímeras tanto como con la generalizada impermeabilidad de sus contemporáneos a los llamados de la literatura, Mutis regresa a los manantiales de su formación y convierte el ejercicio de la relectura en un valor de por sí, en una provocación de reaccionarios *entendidos*. La lealtad reconfirmada hacia los

¹⁸ La operación llevada a cabo por el hijo del autor, Santiago, –“sumando a sus artículos algunos prólogos a libros de poetas y escritores queridos por él” y así llevándonos de paseo por la biblioteca del padre– consigue un efecto realmente muy ‘mutisiano’.

mismos libros de cabecera introduce en el catálogo, por un lado, un entrañable carga nostálgico-regresiva, y por otro, un elemento (también) estéticamente conservador¹⁹.

En *Miguel de Cervantes: 450 años*, “antes de decir por qué el *Quijote* ha sido mi libro favorito” (como si fuera necesario, por cierto), el escritor colombiano enumera, como un mantra o una fórmula mágica, “los autores u obras que frecuento con mayor asiduidad”:

En mi caso, acuden de inmediato los nombres de Proust, L. F. Céline, Charles Dickens, Valéry Larbaud, Montaigne, Gogol, Blaise Cendrars, Racine, Rimbaud, Joseph Conrad y algunas otras sombras tutelares. (Mutis, 2000: 92)

Para contrarrestar “la fiebre de novedad, de forzada originalidad que ahora nos aqueja” (Mutis, 2000: 93), el intelectual está legitimado a recuperar sus recuerdos privados de lector común, apelándose a una relación íntima y personal con el libro. A pesar de lo dogmático de las opiniones expresadas, no podríamos, de hecho, estar más lejos de la enunciación de leyes y teorías que intenten justificar el juicio, definiendo científicamente ese imponderable que es el valor estético, ni tampoco de la fundación de un *canon occidental* basado en criterios supuestamente objetivos.

El segundo grupo de lecturas mutisianas da cuenta de su intento ultra-romántico de rescatar a “los olvidados”. Allí Mutis selecciona los que define “mis clásicos secretos”, libros someramente juzgados y dejados de lado por la llegada de tendencias supuestamente más actuales, y que quedan a la espera de una segunda oportunidad. El artículo “Álvaro Cunqueiro: descubrimiento y asombro constantes” documenta su fulguración tardía por el escritor gallego:

Por fortuna de mis lectores, la ausencia de la más mínima huella de formación académica y mi probada incapacidad de ejercer el tortuoso camino de la crítica literaria, les evitarán que me arriesgue a intentar un juicio que sitúa a Cunqueiro en el lugar que le corresponde en la historia de las letras de nuestro idioma. Yo creo que es un sitio de excepción. (Mutis, 2000: 117)

La *excusatio* acerca de su propia *naïveté* –cargada, en realidad, de más de un punto de sarcasmo en contra de los *profesionales* de la cultura– esconde la voluntad de proponer ejemplarmente el encuentro casual con una lectura gratificante como criterio suficiente para reconocer un clásico. El fastidio por toda clase de chovinismo académico provoca el escarnio del *lector viejo*, cada vez más de vuelta de toda clase de pedantería crítica:

Después de cierta edad nuestras lecturas se van volviendo más selectivas, menos difusas y circunstanciales; nos declinamos más hacia el decantado disfrute de una relectura, ejercicio altamente recomendable para lectores impenitentes y del que podemos recibir lecciones harto sorprendentes. Caemos del mismo modo, en el rechazo de los libros que nos recomiendan con el sospechoso imperativo de que “HAY QUE LEERLO”. Sobre ese “HAY QUE” ya hemos tomado, por nuestra cuenta y riesgo, una actitud de reserva que llega a ser impenetrable.

¹⁹ Cuando Cristina Pacheco le pregunta si la relectura le interesa “en la medida de que es un reencuentro”, subrayando así el vertiente emotivo y personal del gesto, Mutis le contesta mucho más desde lo literario, defendiendo una estética tradicionalista de la ‘certidumbre’: “Tal vez, pero sobre todo porque es estar siempre en los caminos ciertos” (1988: 247). En otra célebre y provocadora entrevista, el escritor declara abiertamente su visión desconsolada del panorama editorial latinoamericano de los años 70 (¡tal cual!): “en América Latina, como entre la literatura de los guerrilleros y la literatura ya convencional del realismo mágico nos acercamos a pasos agigantados a la estupidez total [...] no queda más remedio que agarrar los dos tomitos de La Pléyade y releerse a Balzac entero” (Cobo Borda, 1988: 257).

En el panorama de las letras españolas [...] un escritor como Cunqueiro rescata, en empresa casi solitaria, una venerable tradición que ya cumplió el milenio. Me he impuesto como tarea el recomendar fervorosamente a los jóvenes la frecuentación de una obra que, por encima de modas y modos cuya esterilidad nos está asfixiando, continúa la gran lección. (Mutis, 2000: 118)

Sin que haga falta entrar en los méritos del escritor mencionado, es importante señalar que las añadiduras al canon propuestas por Mutis siempre van en el sentido de la continuidad con una tradición que se da muestra de considerar insuperable. También a la hora de avanzar sus propuestas más originales, el escritor colombiano rechaza –como efímeros pasatiempos para novatos– las instancias revisionistas de quien aboga por la relativización de los parámetros culturales y socio-identitarios que, de hecho, grantizan la unidad y organicidad del canon²⁰. Dejándose orientar por el faro de una estética intemporal, Mutis va armando su galería de olvidados: el argentino José Bianco, cuyo libro “pasó casi inadvertido porque se publicó en 1972 cuando la historia del *boom* llegaba a sus más lamentables excesos” (2000: 31), el poeta Carlos Martínez Rivas, quijotesca mente elogiado en “Reproche para un poeta inédito”; el novelista brasileño José Lins do Rego, reivindicado como “un Balzac de la caña de azúcar” (2000: 68), el cubano Eliseo Diego, el surrealista chileno Ludwig Zeller, el novelista austriaco Alexandre Lerner-Holenia y el checo Franz Werfel²¹. Cada uno de esos rostros adquiere, en el retrato, una estatura titánica: los grandes repudiados, sacrificados en el altar de modas pasajeras y flamantes ‘inéditos’, se convierten en paladines de la lucha del espíritu, restos supervivientes de una humanidad borrada y, sin embargo, todavía al alcance de la mano dentro de muralla de la biblioteca. De todas formas, también por estas estanterías se respira un aire de familia: es como si Mutis hubiera decidido pasar por el filtro de la escasa fortuna crítica algunos de aquellos libros “que deslumbraron nuestra adolescencia y nuestra juventud”, empujado por una nostalgia privada que acentúa su romántico destino de víctimas del olvido: “Ya hemos caído en la villanesca lamentación que conduce a la auto-piedad estéril, a la *saudade* innecesaria”, acota en algún momento (Mutis, 2000: 80, 81).

Mutis nunca oculta el carácter regresivo y sentimental de su argumentación: incapaz de –en última instancia, desinteresado en– “desentrañar el secreto fenómeno inusitado y a menudo absurdo que llamamos un clásico”, violentamente alérgico a las instrumentalizaciones que suelen mover el mercado editorial, se limita a abrirle humildemente a su lector las puertas de su biblioteca particular, ofreciendo el *exemplum* de su personalísima relación con quienes han sido los interlocutores de toda una vida. Es esta *humanización* de la comunicación cultural la que se aspira, en última instancia, a volver canónica.

La tercera estantería de la biblioteca mutisiana recoge sus lecturas históricas. Como hemos visto pasando por lista los escasos fondos libresco de Maqroll, es esta vertiente de su personalidad lectora la que Mutis decide transmitir a su personaje, quien heredará con ella

²⁰ En su fe absoluta y rotunda negación a reconocer la validez de toda hipótesis contra-canónica, la actitud de Mutis nos recuerda de cerca la de Harold Bloom.

²¹ Para los dos últimos nombres mencionados cabría recortar un sub-grupo a parte dentro del conjunto. La lectura de ambos remite –aquí no sólo metafóricamente– al concepto de *nostalgia del Imperio*: “Franz Werfel es tal vez el más brillante y el más difundido de ese destacado grupo de escritores que asistieron al ocaso y a la separación de su país, el Imperio Austrohúngaro [...]. Franz Kafka, Arthur Schnitzler, Hugo von Hoffmannstahl, Robert Musil, Herman Broch, Gustav Meyrink, Joseph Roth y tantos otros que gozaron de menos popularidad que los nombrados” (Mutis, 2000: 104). Siguiendo a Maqroll –quien, como hemos visto, es un fetichista de los imperios moribundos–, podríamos añadir al listado también a Italo Svevo, Paul Celan, Salvador Marai y Robert Walser, una nómina que nos deja apreciar el interés específico de Mutis por ese fabuloso anacronismo mitteleuropeo que fue, con su agónico languidecimiento virtualmente infinito, el Gran Imperio.

también algunas de las oscilaciones receptivas típicas de su autor. Por un lado, la fuente historiográfica es una ocasión ideal para ejercer el espíritu crítico (y, obviamente, también para entrenar el sentido de las proporciones):

Es en estos relatos donde podemos ver con más evidencia cómo y dónde se inició la descomposición de un mundo que hoy vemos agonizar sin grandeza ni memoria, entre el paraíso de neón de los supermercados y las guerras fabricadas como brillante negocio. (Mutis, 2000: 106)

Por el otro, a ratos, la necesidad de ceñirse a “nuestro destino de testigos del pasado”, reconociendo la condena implícita en el rol del espectador, lleva a Mutis a un uso de *amateur* de las fuentes a las que, a veces, se mira como lo haría un niño glotón con una tienda de golosinas prohibidas, según una propensión reincidente “por recorrer los destinos de la historia de Occidente, afición de lector desordenado y sin más método que un apetito siempre insatisfecho”. Pura debilidad del gusto, entonces, regresivo sueño de noblezas inmaculadas, coherente con esa visión ultra-estética e hiper-estilizada²² del pasado que el autor proyecta, por ejemplo, en un libro poético como *Crónica regia*, donde se da paso a la reconstrucción idealizada del reinado –por otro lado, tan oscuro– de Felipe II de España, transformándolo en una fantasmagoría blasonada. Es decir, se revelan –y hasta diría que se exhiben– todas las cartas de una atracción a *priori*:

Me resulta de notorio alivio recorrer de cuando en cuando las páginas de algunos historiadores de la antigüedad, sobre todo para recordar que no siempre el mundo estuvo regido por la mediocridad, la tartufería y el lumpen político que hoy nos abruma por dondequiera que volvamos la vista. (Mutis, 2000: 209)

Ninguna barbarie o señal de decadencia que este observador miope confeso pueda detectar en un pasado más o menos lejano puede llegar a ser mínimamente comparable con la condición ruin de la contemporaneidad:

Hay una diferencia fundamental [...]. Por apocalípticos y funestos que fueron los años del siglo XIV, el hombre miraba a lo alto fortalecido y amparado por la certeza de un destino superior. Hoy reptamos en las tinieblas de un racionalismo idiota y descansamos en la miserable certeza de un progreso que sólo se manifiesta bajo el neón de los supermercados. (Mutis, 2000: 178)

Se trata, últimamente, de salvar las debidas distancias.

Opinando acerca de la desastrosa connivencia entre “los militares y la [...] clase dirigente [...] en ciertos países de América Latina”, Mutis concluye:

Guardadas todas las proporciones, la Roma de la decadencia cometió el mismo suicidio, pero al menos lo hizo con la demente grandeza que consignaron Suetonio y Tácito. (Mutis, 2000: 185)

La filosofía mutisiana de la historia podría resumirse con cierta exactitud en el mérito y en el tono de esa premisa fundamental.

El recuento obsesivo de los *clásicos* (clásicos secretos, clásicos de la historia...) sirve al escritor colombiano para sustentar una gran *empresa* de promoción cultural, una que apunta al emprendimiento –nada menos que– de un *nuevo humanismo*. Pero la impresión de un

²² En este sentido, el pasado mutisiano no se aleja en definitiva mucho del superficial gusto *rétro* condenado por Baudrillard en su ensayo “History: A Retro Scenario” (2004).

belicoso ‘intervencionismo’ queda matizada por la admisión insistida de un criterio impresionista que pone modestamente en el centro del acto político que toda construcción de canon implica la nostalgia de un *lector impune* que no puede dejar de pasear emocionado entre los libros de cabecera que le han acompañado a lo largo de todo su viaje. Si la restauración de la tradición tendría que funcionar como estación de llegada de un movimiento que se profesa enemigo acérrimo de la modernidad, según las intransigentes y exaltadas palabras –entre todos los ejemplos posibles– del “Manifiesto contra la muerte del espíritu”, con los escritos recogidos en *De lecturas y algo del mundo*, Mutis más bien parecería querer hablarle al presente desde el rol algo más entrañable y humilde (con respecto al del tronante censor catoniano que, a ratos, se concede) de último epígono de la desmantelada casta de los literatos ‘a la antigua’, cuyo infalible olfato literario y pasión por el libro –faltos de todo dogmatismo, evitando “escudarse en el rebuscado intelectualismo” de diatribas teóricas estériles– llana y sencillamente integraba la ‘vida del espíritu’, como un ‘ejercicio espiritual’ útil para definir y defender el territorio de lo humano.

Apenas eso, nada más.

Bibliografía

- BIZZARRI, Gabriele (2006) *L'epica degradata di Álvaro Mutis*, Pisa, ETS.
- BAUDRILLARD, Jean (2004) *Simulacra and Simulation*, University of Michigan, Ann Arbor.
- BLOOM, Harold (1994) *The Western Canon*, San Diego, Harcourt.
- BORGES, Jorge Luis (1989) *Obras completas 1*, Buenos Aires, Emecé.
- COBO BORDA, Juan Gustavo (1988) “Soy gibelino, monárquico y legitimista” (entrevista), en S. Mutis Durán, ed., *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, Cali, Proartes.
- (1998) *Para leer a Álvaro Mutis*, Bogotá, Planeta.
- GARCÍA AGUILAR, Eduardo (1988) “Viaje al mundo de la novela con Álvaro Mutis” (entrevista), en S. Mutis Durán, ed., *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, Cali, Proartes.
- LÉFORT, Michéle (2001) *Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero*, Rennes, Presses Universitaires.
- MUTIS, Álvaro (1985) *La muerte del estratega. Narraciones, prosas y ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1997) *Contextos para Maqroll*, Montblanc, Igitur.
- (1998) *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, Madrid, Siruela.
- (2000) *De lecturas y algo del mundo (1943-1997)*, Barcelona, Seix Barral.
- (2001) “Entrevista con Javier Aranda Lima”, en Javier Ruiz Portella, ed., *Caminos y encuentros de Maqroll el Gaviero*, Barcelona, Áltera.
- (2002) *Summa de Maqroll el Gaviero (1948-2000)*, Madrid, Visor.
- MUTIS, Álvaro, JAVIER RUIZ PORTELLA (2002) “Manifiesto contra la muerte del espíritu”, *El Cultural* (19/06/2002), pp. 6-9.
- PACHECO, Cristina (1988) “Se escribe para exorcizar los demonios” (entrevista), en Santiago Mutis Durán, ed., *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, Cali, Proartes.